

LA ENERGÍA DEL FUTURO

José Folgado Blanco

“La Razón” / 23 de octubre de 2008

El mundo de la energía en el siglo XXI va a ser radicalmente distinto al del siglo XX, al menos durante las primeras décadas de esta centuria. La alegría con la que se consumía energía, sin preocupación alguna por su coste, su disponibilidad o su impacto medioambiental es algo que, hoy por hoy, pertenece al pasado. El presente y el futuro inmediato, por el contrario, asisten a la transformación de la energía en un serio problema para las economías avanzadas, pero también para aquellas que han emprendido el camino del desarrollo con éxito.

Los tiempos en los que un barril de petróleo costaba menos de diez dólares, allá por septiembre de 1999, y, sobre todo, cuando su precio apenas superaba el dólar en la década de los 60, son ya historia. Hoy la energía es cara porque las materias primas necesarias para su producción también lo son. El despertar de las economías asiáticas a la economía global, sobre todo sus dos gigantes –China, con sus 1.300 millones de habitantes, e India, con alrededor de 1.000 millones- han dado lugar a una presión de la demanda que los productores no están satisfaciendo plenamente: cuando el petróleo baja de precio, las empresas no invierten en capacidad de producción; cuando sube, son los propios países exportadores los que no quieren que se incremente la capacidad de extracción. El resultado de esta confrontación de las fuerzas de una demanda creciente y una oferta no tanto es el incremento de los precios.

El abastecimiento tampoco está asegurado. Las materias primas energéticas se han convertido en un arma fundamental de la estrategia geopolítica de algunas naciones en las que hablar de democracia y de relaciones pacíficas para con sus vecinos se antoja, cuando menos, un ejercicio de voluntarismo. La Venezuela de Hugo Chávez no duda en amenazar una y otra vez con reducir el suministro de petróleo a Occidente; la Rusia de Vladimir Putin y Dmitry Medvedev este mismo verano amenazó a la República Checa con cerrar el grifo de los oleoductos si instalaba en su territorio el escudo antimisiles estadounidense. La propia Unión Europea no se ha atrevido a plantar cara a los rusos tras la invasión de Georgia precisamente porque algunos países, como Alemania, Italia o Austria tienen una dependencia más que significativa del crudo ruso. Sólo los países árabes, que aprendieron la lección de las dos crisis del petróleo de la década de los 70, no se dedican a practicar este tipo de juegos con sus clientes porque les va en ello los ingresos que financian los mecanismos que permiten a sus dirigentes mantenerse en el poder. Pero no dudan en desviar parte de esos ingresos a las madrazas que alimentan el fundamentalismo islámico y a las organizaciones que combaten por él. En resumidas cuentas, hoy por hoy, el abastecimiento dista mucho de estar tan asegurado como en el pasado y Estados Unidos, la Unión Europea y muchos Estados miembros de la misma ya hablan del sector energético como un sector estratégico y de la necesidad de lograr la autosuficiencia en este terreno.

Las implicaciones medioambientales del consumo energético también han dejado de pasarse por alto. El calentamiento global se perfila en el horizonte como una amenaza no solo a la actividad económica, sino también, y fundamentalmente, al bienestar y el futuro de la

Humanidad. Las emisiones de dióxido de carbono se encuentran detrás de este fenómeno pernicioso, que ya se deja sentir en algunos lugares del planeta, por ejemplo, en la franja tropical, donde ha provocado una disminución de los rendimientos de las tierras de labor. En este sentido, la energía debe dejar de ser parte del problema. La sociedad, y la lógica, así lo demandan.

Con estos parámetros se configura lo que, hoy por hoy, debe ser la estrategia energética de los países desarrollados, una estrategia que debe asentarse en los principios de seguridad del suministro, oferta competitiva y sostenibilidad medioambiental. En la actualidad, y probablemente en las próximas décadas, ninguna fuente de energía primaria (productos fósiles –carbón, petróleo, gas-, nuclear, renovables) es capaz, por sí sola, de contribuir a cumplir, de manera satisfactoria y simultánea, con los tres principios. Desde esta óptica, la diversificación energética se impone como la única vía capaz de satisfacer dichos principios y lograr que la energía no suponga una limitación al crecimiento económico, la generación de empleo y la mejora en el bienestar de los ciudadanos, tanto en la actualidad como a medio y largo plazo.

Con estas premisas sobre la mesa, los objetivos que debería tener la política energética en España se resumen en seis. En primer lugar, es preciso reducir la dependencia de fuentes energéticas externas, actualmente en el 85%, para lo que es fundamental aumentar el nivel de producción autóctona, mejorar el nivel de eficiencia energética y gestionar mejor la demanda.

En segundo término, se debe conseguir un mix más equilibrado, competitivo y sostenible en términos medioambientales, para lo cual se debe otorgar a las energías renovables un papel central en la política energética, se debe intensificar los recursos en investigación en energías de futuro como el hidrógeno y otros combustibles de síntesis y se debe plantear, abiertamente y con realismo, el papel de la energía nuclear.

En tercer lugar, es preciso disponer de un marco normativo que otorgue seguridad jurídica y proporcione un sistema de retribuciones y de precios razonable, transparente y predecible. Además, es preciso continuar profundizando en la liberalización de los sectores de gas y electricidad e incrementar las interconexiones internacionales.

Asimismo, es necesario mejorar la fiabilidad del suministro energético, en especial en los grandes núcleos urbanos, donde más problemas existen para el desarrollo de nuevas infraestructuras. Por último, es preciso avanzar en el desarrollo tecnológico del sector privado energético, para conseguir que España mantenga su posición de liderazgo en muchos ámbitos de esta materia (energías renovables) y poder disponer igualmente de las tecnologías más eficientes, seguras y competitivas.

¿Qué papel desempeñan los biocombustibles dentro de este esquema? No cabe duda que, con el objetivo de la diversificación en mente, los biocarburantes encuentran fácil encaje en la política energética del futuro. Su producción y utilización no cabe duda de que coadyuvará a la reducción de la enorme dependencia energética de España, una dependencia centrada, especialmente, en el petróleo, que supone más del 50 por ciento de nuestro consumo de energía primaria. En este sentido, los combustibles de origen orgánico son un sustituto de

aquellos otros de origen fósil, que pueden producirse localmente, sin necesidad de importarlos ni de adquirir en el exterior la materia prima necesaria para obtenerlos.

La obtención de una fuente de energía a precios competitivos es otra de las posibilidades que abre la utilización de los biocombustibles. A los precios actuales del petróleo, la producción de muchos de ellos es, o empieza a ser, rentable. Además, y pese a movimientos coyunturales a la baja de la cotización del crudo, al final, la tendencia de su precio a medio y largo plazo es alcista, fruto de una demanda creciente en consonancia con el mayor grado de desarrollo, y del consiguiente consumo de energía, que están alcanzando las economías emergentes. La presión de la demanda no va a desaparecer, con independencia de que, en estos momentos, pueda reducir su intensidad como consecuencia de la crisis económica internacional.

En cambio, con los biocombustibles las cosas son diferentes. La aparición de nuevas técnicas de producción, el desarrollo de métodos más eficientes y la ampliación del abanico de posibilidades a partir de las cuales obtener la materia prima para los biocombustibles, como el azúcar de caña, el hueso de aceitunas, las algas marinas, la hierba e, incluso, el cardo borriquero, lleva a los expertos en la materia a estimar una reducción de su precio a lo largo del tiempo.

En cuanto a los aspectos medioambientales, la Unión Europea es uno de los signatarios del Protocolo de Kioto, por el cual se compromete a reducir las emisiones de dióxido de carbono que generan el calentamiento global. Para cumplir con esos objetivos y preservar la calidad medioambiental de los Estados miembros, la Comisión Europea ha fijado unos objetivos, entre los cuales está que, en 2020, el 10% del consumo total de combustibles para automoción proceda de los biocombustibles, mucho menos contaminantes que los hidrocarburos derivados del petróleo. La razón de establecer este objetivo es que el transporte es uno de los principales sectores emisores de dióxido de carbono y una forma de ayudar a reducir esas emisiones es la utilización de los biocombustibles.

Por último, España no sólo es un país puntero en tecnologías medioambientales relacionadas con la energía eólica. Lo es también en las referentes a la producción de biocombustibles, un terreno este en el que surgen con frecuencia nuevos rivales que desarrollan nuevas vías de obtención de los mismos a partir de materias primas impensables hasta hace unos años. Un impulso a su utilización no sólo permitirá mantener esa posición de liderazgo sino, incluso, ampliarla.

Los retos energéticos a los que se enfrenta nuestro país son importantes y requieren de una política seria que tenga en cuenta los principios de suficiencia, competitividad y respeto al medioambiente. En este sentido, los biocombustibles no son la panacea para resolver los problemas que nos aguardan en el futuro, pero sí constituyen uno de los elementos a partir de los cuales debe empezar a diseñarse la política energética de futuro, y especialmente por su potencial para el desarrollo de proyectos industriales de alto valor añadido.